

Fué un hombre recatado, sobrio. Esas cualidades nos imponen, al hablar de él, sobriedad y recato. No usemos frases que hubiera juzgado excesivas, fuera de lugar, como un fuerte apretón de manos en medio de una solemne recepción diplomática.

Más que el panegírico exaltado, conviene a su memoria el ensayo breve que, sin profundizar, resbala sobre las facetas de una obra, sobre los instantes de una vida.

Ni biografía ni anécdotas, aunque sea una voz de sirena la que haga la invitación al viaje por un atractivo derrotero, entre este punto de partida y el punto final que es, más bien un guión, una estela fúnebre en el cementerio de la Almudena.

Poeta sensual—en la acepción recta, y también en la torcida del vocablo—Rebolledo esculpe y modela por el placer artístico de escribir lo que, cercano o distante, causa un placer a la vista y al tacto. El placer terminaría alcanzando el objeto, para el mortal común, que se conforma fácilmente con la satisfacción inmediata. El artista se abstiene de esa satisfacción, sin renunciar por completo a ella como el santo. Sólo la retarda o transforma, por refinamiento. Así oscila entre la posesión y el renunciamento, lo mismo de mujeres que de cosas bellas.

Por eso, al hablar de recato en este poema, no debe entenderse que se trata de un escritor tímido que poda sus frases. Su recato era espiritual, individual. Un recato que le impedía, con barreras infranqueables, decir a una mujer o confiar a un amigo, aun en tono de confidencia, aquello que expresaba en imágenes libremente.

¿Podremos comprender esa aparente contradicción que ofrece un escritor que al mismo tiempo se muestra imperturbable, frío en su trato, y apasionado, vehemente, en su obra?

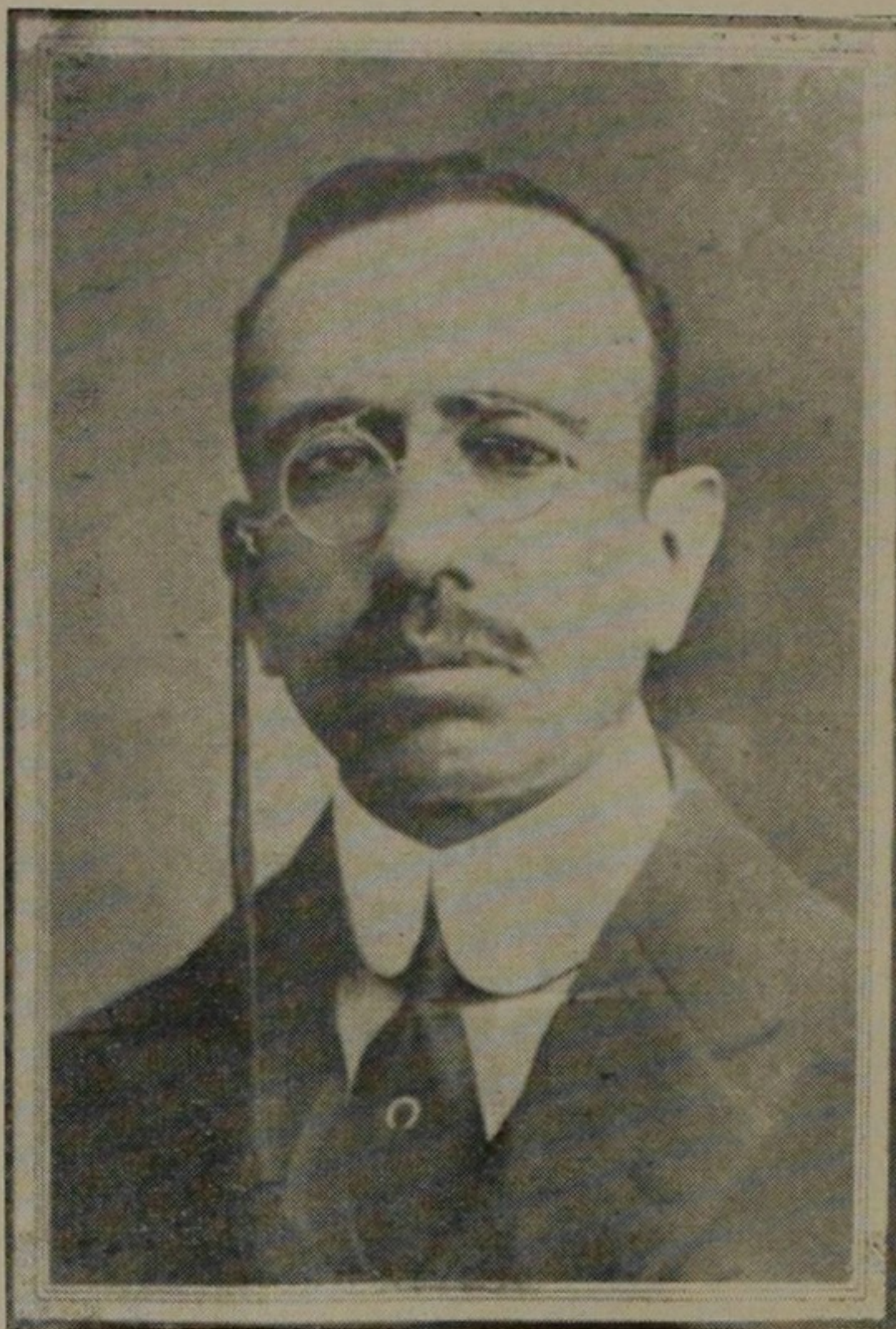
Pensemos que es un hombre que al mismo tiempo se nos muestra en la intimidad y cava, con su actitud, un foso ante su puerta; pero la contradicción sólo es aparente, porque él sabe dónde está el límite entre la fantasía, que le pertenece como reino propio, y la realidad, que es de todos.

Efrén Rebolledo, como literato, presenta tres aspectos principales, que la mirada del lector abarca en conjunto; pero la crítica destaca, como faceta principal, su obra de poeta.

Obra parca, depurada, la suya.

Efrén Rebolledo

=De Revista de Revistas México. D. F.=



Efrén Rebolledo

Ha muerto en Madrid, a los cincuenta y dos años de edad, Efrén Rebolledo, el poeta mejicano. Formaba parte de la Misión diplomática acreditada en la corte, y era el consejero de la Legación, cuyo jefe es Enrique González Martínez, el gran lírico, y en que figura además, como secretario, Jaime Torres Bodet, uno de los más seguros valores nuevos en las letras americanas. La tradición que unia a la representación diplomática de Méjico en Madrid un alto prestigio literario—Riva Palacio, Peza, Sierra, Icaza, Nervo, Urbina, entre otros—mantiénese hoy con tanta brillantez como en otros días.

Efrén Rebolledo llevaba próximamente un año de estar entre nosotros. Apenas había frecuentado la vida literaria, por motivos de salud, muy quebrantada en estos meses últimos. Uno de sus libros impreso con tipos españoles, fué su verdadero, su único acto de presencia. No era sino reimpresión parcial de un volumen que contenía una selección de sus rimas: *Joyelero*. A la bibliografía de este poeta, tan curiosa, le faltaba el tomo español. Además de los publicados en Méjico, la lista de los suyos registra un tomo de Rimas japonesas, impreso en Tokio, «en las oficinas del Shimbi Shoin», el año 1907; se hizo una sola tirada de trescientos ejemplares en papel crespón con ilustraciones de Shunjo Kihara; otros tomos se imprimieron en Cristianía el año 1922: *Saga de Sigrida la Blonda*, narración en prosa, y *Joyelero*.

El último contiene las poesías completas de Rebolledo. El título, conservado en la edición selecta de Madrid, modifica el que primitivamente sirvió al poeta cuando, después de varios tomos impresos en Guatemala, reunió el año 1907, en una edición de París, sus poesías juveniles. Joyeles les llamaba entonces.

Basta el título, muy de la época, para que un lector de poesía sitúe inmediatamente la de Efrén Rebolledo en el panorama de la lírica moderna. Era el momento de las estrofas pulidas, de los versos trabajados, de los vocablos ricos, de las evocaciones exóticas. La vida viajera del poeta—

En una época en que los libros de verso eran voluminosos, Rebolledo se complace en reducir el volumen y aun el formato—*Libro de Loco Amor*—, como si quisiera confirmar, con hechos, la sentencia: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Su refinamiento—al hablar de él Taboada nombra al personaje de Huysmans: *Des Esseints*—, no se limita a la calidad del estilo por él pulido y trabajado, según las recomendaciones de Gautier. Va más allá y gusta de las ediciones cuidadas, tipográficamente, como *Rimas Japonesas* y *Caro Victrix*, libros en que el bibliógrafo encuentra el estuche digno de la joya.

Hay que omitir, según sus deseos, la obra primeriza, ya que en los últimos años el poeta había olvidado los libros que publicó en Guatemala, a principios del siglo y que refundió más tarde. Una antología dispuesta por él en Madrid—*Joyelero*—, nos llegó casi al mismo tiempo que la noticia de su muerte.

A través de esa obra poética, Rebolledo no se desvía del camino que se trazó en sus comienzos. A riesgo de aparecer como un retrasado—él, que había salido a luchar con los de las avanzadas—se mantuvo fiel a su estética, que coincide con la del grupo de los parnasianos, salvo en un punto; su erotismo, que ha señalado Villaurrutia en reciente nota certera, como la tónica que lo salvó, destacándolo de un grupo de escritores que aun se dejan seducir por la apariencia fría de las cosas, sin añadir a las rimas pasión.

En la prosa de Rebolledo, más que en sus versos, quedó la huella de sus peregrinaciones: en *Hojas de Bambú*, el Japón; en la *Saga de Sigrida la Blonda*—su novela mejor lograda—, la tierra de Ibsen, donde el escritor a quien honramos encontró su compañera.

El ambiente de México, del México de hace quince años, quedó pintado por él, en su aspecto más favorable, en *Salamandra*.

El teatro le atrajo una sola vez y entonces trazó la tragedia de la vieja raza en *El Águila que cae*.

Su bibliografía comprende, además, crónicas, cuentos, novelas cortas.

El tercer aspecto que la obra de Rebolledo ofrece, es el de traductor: labor ingrata que él ennobleció, porque no la hizo como trabajo forzado; sino poniendo en ella amor y preocupaciones de estilo que los traductores suelen desdeñar.

Fué el primero que vertió al castellano el libro *Intentions*,